

naba la caída de Ures y Hermosillo y la destrucción de las fuerzas del cacique imperialista Tánori. El General Corona, el 1º de Septiembre, dominaba en todo el Estado de Sinaloa, excepto en Mazatlán que á pocos días debía caer en sus manos. El General Díaz había logrado ya organizar una fuerza respetable, había vencido en varios combates y abría una campaña activa que prometía ser brillante. Régules se sostenía en Michoacán con facilidad y aumentaba sus fuerzas. Riva Palacio se internaba con su brigada en el Estado de México. Toda la Huasteca estaba insurreccionada y los belgas recibían una fuerte derrota en Ixmiquilpam.

El Imperio crujía para despedazarse y caer en polvo. Las fuerzas imperialistas eran derrotadas, defecionaban ó se desbandaban, se sentía el aliento de pavor de la catástrofe final. Zamacois tan adicto á la Intervención y al Imperio, dice : « El nuevo Ministerio (el clerical) entraba á ejercer sus funciones cuando *todos los elementos de vida de un gobierno habían desaparecido*. No existía erario, ni ejército; el espíritu público había muerto » (1).

El Mariscal Bazaine disgustado de que Osmont y Friant se mezclaran en una situación cuyo fin natural era la catástrofe, escribía al Mariscal Randon, cumpliendo con su deber, que lo malo era

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 547.

que se haría recaer sobre los ministros franceses « lo odioso de las medidas extremas que les sería necesario tomar para prolongar la agonía de una situación imposible ».

Maximiliano, en vez de adquirir la convicción de los hechos desde el 1º de Agosto, en que se manifestaban resueltamente desastrosos para el Imperio, concibió un plan lleno de perfidia, probablemente inspirado por Fischer, y fué preparar un conflicto armado entre Francia y los Estados Unidos, para obligar á la primera á que una vez lastimado profundamente su honor militar, se decidiese á vengar la afrenta de una derrota en México, enviando todo su ejército.

Maximiliano no podía creer que aun cuando Francia, lo que no cabía en lo posible, triunfase en una guerra contra los Estados Unidos en territorio mexicano, se consolidase su Imperio, porque el pueblo francés, habiendo hecho en ese caso sacrificios inconmensurables de sangre y riquezas, estaba en su derecho de exigir la anexión de México á Francia como una ligera compensación de sus gastos de guerra, pecuniarios, humanos y morales. La guerra entre Francia y los Estados Unidos, era la ruina del Imperio mexicano, cualesquiera que fuesen sus resultados. El plan de Maximiliano, al preparar el conflicto armado entre los ejércitos de las dos naciones, no podía ser más que el de

vengarse de ambas. ¡ Digno de Shakspeare para un drama en honor de la ambición!

A este respecto dice Kératry : « el ministerio (clerical) se ha bien alucinado por un momento, en que nuestra bandera comprometida en un buen conflicto con los Estados Unidos, se encontrase de tal modo empeñada, que la Francia, lejos de poder retirarse se viese obligada á enviar nuevos refuerzos (1) ». « Así es que expresaba sin cesar el deseo de que los franceses guarneciesen especialmente las líneas del norte y los puntos vecinos de los Estados Unidos. En este terreno había posibilidad de un choque con los Estados Unidos (2). »

En Agosto de 1866, Maximiliano indicó al Mariscal Bazaine que se debía recobrar á todo trance la plaza de Matamoros. « Concertado el plan, dice Zamacois, algunos buques franceses debían remontar á fines de Agosto (de 1866) la corriente del Rio Bravo, para combinar un ataque sobre la expresada plaza de Matamoros con una división franco-mexicana, que al mando del General Douay, debía acometer por tierra á la población (3). »

Zamacois sufre una lamentable equivocación; el plan de recobrar Matamoros con fuerzas francesas

(1) Kératry, *Elevación de Maximiliano*, pág. 171.

(2) Kératry, pág. 173.

(3) Zamacois, tomo XVIII, pág. 504.

nunca fué concertado con el Mariscal Bazaine, porque éste tenía órdenes terminantes de Napoleón III de evitar á todo trance un conflicto de armas con el ejército americano colocado en la frontera de Texas. No había posibilidad, sino seguridad de un ataque entre Francia y los Estados Unidos si se colocaban fuerzas francesas no sólo en la frontera mexicana sino cerca de ella, y así se lo había comunicado á su gobierno el Marqués de Montholon, Ministro de Francia en los Estados Unidos.

Cuando Maximiliano, en Abril de 1866, pretendió que fueran fuerzas francesas á auxiliar al General Mejía en Matamoros, el Mariscal Bazaine rehusó y propuso que fueran mexicanas. Cuando Maximiliano quiso que el Coronel Brincourt, arrojase á Juárez de Paso del Norte, éste jefe contestó que tenía orden expresa de no hacer avanzar sus fuerzas más allá de una jornada común de tropa de la ciudad de Chihuahua. Cuando Lamberg suplicó al Coronel Garnier que la fuerza francesa persiguiera al General Pesqueira hasta la frontera de Sonora, el jefe francés le dijo que tenía órdenes expresas para evitar conflictos con el ejército de los Estados Unidos.

Maximiliano debía conocer estas órdenes, pues era el deber del General Don Tomás Mejía, haberle hecho conocer las que había recibido en

Matamoros del Mariscal Bazaine. « Se tuvo empeño, dice el Coronel Niox, en alejar todo motivo de conflicto y se recomendó al General Mejía que diese pruebas de *la más grande paciencia* con los jefes militares de la orilla izquierda del Bravo (1). » Era muy conocida la carta notablemente despreciativa y grosera del general americano Weitzel al contralmirante francés Cloué, con motivo del apoyo que dieron los norteamericanos á las tropas del general Escobedo durante el primer sitio de Matamoros.

El pérfido plan contra Francia, de obligarla á que irremisiblemente aceptase ó emprendiese una guerra con los Estados Unidos, lo atribuye Kératry al Ministerio clerical, pero no presenta pruebas para sostener su aserción. Es cierto que cuando Maximiliano pidió con insistencia al Mariscal Bazaine que Matamoros fuera recobrado con fuerzas francesas, el Ministerio reinante era clerical; es cierto también que Matamoros capituló el 23 de Junio de 1866, y que desde esa fecha hasta el 19 de Agosto del mismo año, no se pensó en abrir la campaña á orillas del Río Bravo, y que este pensamiento coincidió con la entrada de los clericales al ministerio. Es cierto también que más falta hacía al tesoro del Imperio la aduana de Tampico que la de

(1) Niox, pág. 499.

Matamoros y que, no obstante que Tampico capituló el 7 de Agosto, no se le ocurrió al Ministerio con urgencia recobrarlo. Es cierto, por último, que el partido clerical siempre creyó en el desatino de que el triunfo de Francia era evidente en una guerra con los Estados Unidos y que prefería el partido clerical la anexión de México mejor que el triunfo de Juárez.

En el partido clerical había lógica en desear y promover la guerra entre Francia y los Estados Unidos en territorio mexicano, partiendo del dislate del triunfo de Francia. Para Maximiliano los resultados de la guerra debían serle funestos. Pues bien, todo lo expuesto no forma más que *presunciones* para inculpar á los clericales mexicanos de un proyecto, que caso de realizarse debería dar fin con la nacionalidad mexicana, cualquiera que fuera el vencedor.

*
* *

El Ministerio clerical había recibido una mala situación y en sus manos había llegado á desesperada, el 1º de Octubre de 1866. El decoro del Ministerio y la necesidad de evitar ser arrojado á puntapiés, le imponía el deber de presentar su dimisión, abdicase ó no Maximiliano. Había ofrecido levantar al Imperio en los macizos hombros de su

partido, que se había abstenido de obrar, por la postergación injusta á que se le había condenado. El Ministerio clerical no había logrado hacer entrar *un peso* al erario imperial, ni salvado una plaza, ni evitado una derrota, ni obtenido una victoria, ni hecho sentir fuerza alguna protectora del Imperio. El desmoronamiento había continuado con más fuerza; era el momento de dejar una tarea en la que se había fracasado y devolver honradamente al Archiduque su plena libertad de acción y aun aconsejarle que abdicara, caso de que los Ministros tuvieran por su soberano, si no afecto personal, por lo menos compasión.

Si el partido clerical en el poder no había logrado mejorar la infeliz situación del Imperio, no había otro partido que ofreciera á Maximiliano apoyo, ó que hubiera en aquellos días aceptado la fúnebre sucesión del Ministerio conservador. Maximiliano estaba obligado á abdicar, ó luchar apoyándose en el partido conservador, el único que se hacía ilusiones, no de salvar al Imperio, pero sí de poder establecer una república conservadora sobre los escombros del Imperio, para lo cual y sólo por el pronto, la presencia de Maximiliano era indispensable.

CAPITULO IV

EL DUELO ENTRE DOS PERFIDIAS.

El 8 de Julio de 1866, la resolución de Maximiliano, *un Hapsburgo*, era abdicar en el caso de que la misión de la Emperatriz Carlota, no obtuviese satisfactorios resultados. Sesenta y ocho días después, el 16 de Septiembre, en un ampuloso discurso oficial, el Archiduque declaraba *que no abdicaría*, porque « *un verdadero Hapsburgo no abandona su puesto en el momento del peligro* ».

El *verdadero Hapsburgo* sale para Cuernavaca á principios de Octubre de 1866, á solazarse con las bellezas del clima cálido, en su poético albergue llamado « *Olindo* », lejos del bullicio de los negocios en que se está jugando con la seguridad del desastre la suerte del Imperio. El día 8 de Octubre (1866) volvió Maximiliano al castillo de Chapultepec. « Al volver de Cuernavaca el Emperador había preparado con Herzfeld un proyecto según el cual se convocaría un congreso nacional *que decidiera acerca de la forma de gobierno para el porvenir* (1). »

(1) Doctor Basch, *Recuerdos de México*, pág. 11.